

Felices de Anunciar Tu Misericordia

Basándonos en el libro: “Los Cuatro Pasos hacia la Misericordia” – libreta del peregrino de la Iglesia Católica de Buenos Aires, vamos a proponer una serie de 4 encuentros para reflexionar en comunidad sobre este Año Jubilar de la Misericordia

Introducción

Durante el Jubileo de la Misericordia estamos llamados a peregrinar, es decir a ponernos en camino, hacia una vida plena en la misericordia. El Papa Francisco dice al respecto en la bula de convocatoria: La peregrinación es un signo peculiar en el Año Santo, porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida es una peregrinación y el ser humano es un “Viator”, un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada. También, para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo a sus propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho de que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, sea estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros”

Por eso a través de estos encuentros proponemos iniciar un camino desde el interior de cada uno, para finalizarlo con una peregrinación hacia la Puerta Santa que la comunidad elija.

Es el mismo Jesús quien nos enseña el camino de la misericordia que vamos a seguir. Leemos Lc 6, 37-38

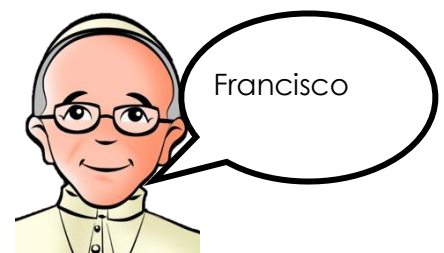
*“No juzguen, y Dios nos los juzgara;
No condenen y Dios no los condenara;
Perdonen y Dios los perdonara.
Den, y Dios les dará. Porque con la
medida con la medida que ustedes
midan, Dios los medirá a ustedes”*

Con esta pequeña guía vamos a tratar de ponernos en camino interiormente para luego fundirnos en el abrazo que reconforta, consuela y perdona.

Cada encuentro estará estructurado de la siguiente manera:

1° presentación del paso

2° Reflexión a través de una catequesis/homilía del Papa





Preguntas para
Reflexionar

3° Preguntas para la reflexión personal o
comunitaria

4° Oración para comprometernos



1° Paso/encuentro: No Juzgar

Ponemos nuestro corazón en marcha y lo primero que queremos hacer es sacarnos de encima la venda de los ojos que nos impone el mundo y que no nos deja ver con la mirada de Jesús a nuestros hermanos. Es por esto que a veces juzgamos a los demás, y nos sentimos libres de pecado. Queremos ser objeto de la misericordia del Padre, y para eso debemos asumir nuestras miserias, pero también queremos ser misericordiosos como Él, y para eso debemos aprender a mirar con su ternura y su compasión.

Leemos que nos dice Francisco respecto de juzgar:



PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA DOMUS SANCTAE MARTHAE

Vergüenza y misericordia

Lunes 2 de marzo de 2015

Fuente: L'Osservatore Romano, ed. sem. en lengua española, n. 10, viernes 6 de marzo de 2015

La capacidad de avergonzarse y acusarse a sí mismo, sin descargar la culpa siempre en los demás para juzgarlos y condenarlos, es el primer paso en el camino de la vida cristiana que conduce a pedir al Señor el don la misericordia. Es este el examen de conciencia sugerido por el Papa en la misa que celebró el lunes 2 de marzo, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Para su reflexión el Papa Francisco partió de la primera lectura, tomada del libro de Daniel (9, 4-10). Está, explicó, «el pueblo de Dios» que «pide perdón, pero no es un perdón de palabra: este pedir perdón es un perdón que viene del corazón porque el pueblo se siente pecador». Y el pueblo «no se siente pecador en teoría —porque todos nosotros podemos decir “somos todos pecadores”, es verdad, es una verdad: ¡todos aquí!— pero ante el Señor dice las cosas malas que hizo y lo que no hizo de bueno». Se lee, en efecto, en la Escritura: «Hemos pecado, hemos cometido crímenes y delitos, nos hemos rebelado apartándonos de tus mandatos y preceptos. No hicimos caso a tus siervos los profetas, que hablaban en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra».

En esencia, hizo notar el Papa Francisco, en estas palabras del pueblo está «la descripción de todo lo malo que hicieron». Y, así, «el pueblo de Dios, en este momento, se acusa a sí mismo». Y no se descarga con «los que nos persiguen», con los «enemigos». Más bien se mira a sí mismo y dice: «Me acuso a mí mismo ante ti, Señor, y me avergüenzo». Palabras claras, que encontramos también en el pasaje de Daniel: «Señor, a nosotros nos abrumba la vergüenza».

«Este pasaje de la Biblia —sugirió el Papa— nos hace reflexionar sobre una virtud cristiana, es más, en más de una virtud». En efecto, «la capacidad de acusarse a sí mismo, la acusación de sí mismo» es «el primer paso para encaminarse como cristiano». En cambio, «todos nosotros somos maestros, somos doctores en justificarnos a nosotros mismos» con expresiones como: «Yo no fui, no, no es culpa mía; pues sí, pero no era tanto... Las cosas no son así...».

En definitiva, dijo el Papa Francisco, «todos encontramos una excusa» para justificarnos «de nuestras faltas, de nuestros pecados». Es más, añadió, «muchas veces somos capaces de poner esa cara de “¡yo no lo sé!”, cara de “yo no lo hice, tal vez será otro”». En pocas palabras, estamos siempre listos para «pasar por inocente». Pero así, advirtió el Papa, «no se avanza en la vida cristiana».

Por lo tanto, reafirmó, «el primer paso» es la capacidad de acusarse a sí mismo. Y es ciertamente «bueno» hacerlo con el sacerdote en la confesión. Pero, preguntó el

Papa Francisco, «antes y después de la confesión, en tu vida, en tu oración, ¿eres capaz de acusarte a tí mismo? ¿O es más fácil acusar a los demás?».

Esta experiencia, destacó el obispo de Roma, suscita «algo un poco extraño pero que, al final, nos da paz y salud». En efecto, «cuando comenzamos a mirar todo aquello de lo que somos capaces, nos sentimos mal, sentimos repugnancia» y llegamos a preguntarnos: «¿Pero yo soy capaz de hacer esto?». Por ejemplo, «cuando encuentro en mi corazón una envidia y sé que esa envidia es capaz de hablar mal del otro y matarlo moralmente», me tengo que preguntar: «¿Soy capaz de ello? Sí, yo soy capaz». Y precisamente «así comienza esta sabiduría, esta sabiduría de acusarse a sí mismo».

Por consiguiente, «si no aprendemos este primer paso de la vida —afirmó el Papa Francisco— jamás daremos pasos hacia adelante por el camino de la vida cristiana, de la vida espiritual». Porque, precisamente, «el primer paso» es siempre el de «acusarse a sí mismo», incluso «sin decirlo: yo y mi conciencia».

Al respecto el Papa propuso un ejemplo concreto. Cuando vamos por la calle y pasamos ante una prisión, dijo, podríamos pensar que los detenidos «se lo merecen». Pero —invitó a considerar— «¿sabes que si no hubiese sido por la gracia de Dios, tú estarías allí? ¿Has pensado que eres capaz de hacer las cosas que ellos hicieron, incluso peores?». Esto, precisamente, «es acusarse a sí mismo, no esconder a uno mismo las raíces de pecado que están en nosotros, las tantas cosas que somos capaces de hacer, aunque no se vean».

Es una actitud, prosiguió el Papa Francisco, que «nos lleva a la vergüenza delante de Dios, y esta es una virtud: la vergüenza delante de Dios». Para «avergonzarse» hay que decir: «Mira, Señor, siento repugnancia de mí mismo, pero tú eres grande: a mí la vergüenza, a ti —y la pido— la misericordia». Precisamente como dice la Escritura: «Señor, nos abruma la vergüenza, porque hemos pecado contra ti». Y lo «podemos decir, porque soy capaz de pecar y hacer muchas cosas malas: “A ti, Señor, nuestro Dios, la misericordia y el perdón. La vergüenza para mí y a ti la misericordia y el perdón”». Es un «diálogo con el Señor» que «nos hará bien en esta Cuaresma: la acusación de nosotros mismos».

«Pidamos misericordia» volvió a proponer el Papa refiriéndose especialmente al pasaje de la liturgia de san Lucas (6, 36-38). Jesús «es claro: sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso». Por lo demás, explicó el Papa Francisco, «cuando uno aprende a acusarse a sí mismo es misericordioso con los demás». Y puede decir: «¿Pero quién soy yo para juzgarlo, si soy capaz de hacer cosas peores?». Es una frase importante: «¿quién soy yo para juzgar al otro?». Esto se comprende a la luz de la palabra de Jesús «sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» y con su invitación a «no juzgan». En cambio, reconoció el Pontífice, «cómo nos gusta juzgar a los demás, hablar mal de ellos». Sin embargo, el Señor es claro: «no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados». Es un camino ciertamente «no fácil», que «inicia con la acusación de uno mismo, inicia

con esa vergüenza delante de Dios y con la petición de perdón a Él: pedir misericordia». Precisamente «de ese primer paso se llega a esto que el Señor nos pide: ser misericordiosos, no juzgar a nadie, no condenar a nadie, ser generosos con los demás».

En esta perspectiva, el Papa invitó a orar para que «el Señor, en esta Cuaresma, nos dé la gracia de aprender a acusarnos a nosotros mismos, cada uno en su soledad», preguntándose: «¿Soy capaz de hacer esto? ¿Con este sentimiento soy capaz de hacer esto? ¿Con este sentir que tengo en mi interior soy capaz de las cosas más perversas?». Y orando así: «ten piedad de mí, Señor, ayúdame a avergonzarme y dame misericordia, así podré ser misericordioso con los demás»



Preguntas para Reflexionar

Luego de haber leído la homilía y comentado en grupos lo que nos llamó más la atención nos preguntamos:

- ¿Soy capaz de acusarme a mí mismo? ¿O es más fácil acusar a los demás?
- ¿Cuándo nos confesamos, tratamos de justificar nuestras faltas para que parezcan menos graves?
- Cuando veo a mi hermano: ¿los acepto cómo es? ¿Juzgo sus acciones o actitudes sin conocerlo?



Nos ponemos en Oración:

“Perdón Señor por mi hipocresía, sin darme cuenta de mis pecados, juzgo a los demás. Perdón Señor por cerrarme en mi orgullo y no recibir tu perdón, perdón por las veces que he actuado como los fariseos queriendo encontrar un motivo para acusar a los demás, tratando de quedar libre de

mis faltas.

Necesito de tu perdón y de tu Gran Amor. Este día no son los demás quienes me acusan ante ti, soy yo mismo quien me pongo delante de ti pidiéndote misericordia, me pongo delante de ti y confío en tu misericordia, gracias por tu misericordia Señor, gracias porque Tú me das la fuerza para no pecar más, tus palabras misericordiosas penetran a mi alma y la llenan de amor. Amen”

Sugerencia: podemos terminar la oración final meditando | Palabra: Sal 19, 9-24

2º Paso/Encuentro: no condenar

No condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que sufra por nuestro juicio parcial. "El que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra" (Jn 8,7). Es decir, que la compasión es el valor que debemos transformar en virtud en este año de la Misericordia.

Veamos que nos dice Francisco al respecto:



PAPA FRANCISCO

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 3 de febrero de 2016

Queridos hermanos y hermanas, buenos días,

La Sagrada Escritura nos presenta a Dios como misericordia infinita, pero también como justicia perfecta. ¿Cómo conciliar las dos cosas? ¿Cómo se articula la realidad de la misericordia con las exigencias de la justicia? Podría parecer que son dos realidades que se contradicen; en realidad no es así, porque es precisamente la misericordia de Dios que lleva a cumplimiento la verdadera justicia. ¿Pero de qué justicia se trata?

Si pensamos en la administración legal de la justicia, vemos que ahí quien se considera víctima de un abuso se dirige al juicio en el tribunal y pide que se haga justicia. Se trata de una justicia retributiva, que inflige una pena al culpable, según el principio de que a cada uno se le debe dar lo que le es debido. Como dice el libro de los Proverbios: «Quien obra rectamente va derecho a la vida. Quien va tras la maldad camina hacia la muerte» (11, 19). También Jesús habla de ello en la parábola de la viuda que iba continuamente con el juez y le pedía: «Hazme justicia frente a mi adversario» (Lc 18, 3).

Este camino, sin embargo lleva aún a la verdadera justicia porque en realidad no vence al mal, sino que simplemente lo contiene. En cambio, sólo respondiendo a ello con el bien, es como el mal puede ser realmente vencido.

He aquí, entonces, otro modo de hacer justicia, que la Biblia nos presenta como camino principal para recorrer. Se trata de un procedimiento que evita el recurso al tribunal y prevé que la víctima se dirija directamente al culpable para invitarlo a la conversión, ayudando a entender que está haciendo el mal, apelando a su conciencia. De este modo, finalmente arrepentido y reconociendo el propio error, él puede abrirse al perdón que la parte ofendida le está ofreciendo. Y esto es bello: en

seguida después de la persuasión de lo que está mal, el corazón se abre al perdón, que se le ofrece. Es este el modo de resolver los contrastes dentro de las familias, en las relaciones entre esposos o entre padres e hijos, donde el ofendido ama al culpable y quiere salvar la relación que lo une a otro. No cortéis esa conexión, esa relación.

Ciertamente, este es un camino difícil. Requiere que quien ha sufrido el mal esté pronto a perdonar y desear la salvación y el bien de quien lo ha ofendido. Pero sólo así la justicia puede triunfar, porque si el culpable reconoce el mal hecho, y deja de hacerlo, he aquí que el mal no existe más, y el que era injusto llega a ser justo, porque es perdonado y ayudado a volver a encontrar el camino del bien. Y aquí tiene que ver precisamente el perdón, la misericordia.

Es así que Dios actúa en relación a nosotros pecadores. El Señor continuamente nos ofrece su perdón y nos ayuda a acogerlo y a tomar conciencia de nuestro mal para podernos liberar de él. Porque Dios no quiere la condenación de nadie. Alguno de vosotros podría hacerme la pregunta: «Pero Padre, ¿Pilato merecía la condena? ¿Dios la quería? No, Dios quería salvar a Pilato y también a Judas, a todos. Él, el Señor de la misericordia quiere salvar a todos. El problema está en dejar que Él entre en el corazón. Todas las palabras de los profetas son una llamamiento de un completo amor que busca nuestra conversión. He aquí lo que el Señor dice a través del profeta Ezequiel: «¿Acaso quiero yo la muerte del malvado [...] y no que se convierte de su condena y viva? (18, 23; cf. 33, 11), es lo que le gusta a Dios.

Y este es el corazón de Dios, un corazón de Padre que ama y quiere que sus hijos vivan en el bien y la justicia, y por ello vivan en plenitud y sean felices. Un corazón de Padre que va más allá de nuestro pequeño concepto de justicia para abrirnos los horizontes inconmensurables de su misericordia. Un corazón de Padre que no nos trata según nuestros pecados y no nos paga según nuestras culpas, como dice el Salmo (103, 9-10). Y precisamente es un corazón de padre el que nosotros queremos encontrar cuando vamos al confesonario. Quizá nos dirá algo para hacernos entender mejor el mal, pero en el confesonario todos vamos para encontrar un padre que nos ayuda a cambiar de vida; un padre que nos da la fuerza para seguir adelante; un padre que nos perdona en el nombre de Dios.



Preguntas para Reflexionar

- ¿Soy capaz de acercarme a quien me ofendió, dando el primer paso para la reconciliación?
¿Me pongo en el lugar de quien me ofendió para acrecentar mi compasión?
- ¿Cuáles son las cosas que no me dejan ser "Misericordioso como el Padre"?



Nos ponemos en Oración:

Te proponemos realizar una Lectio Divina o un ejercicio con la siguiente cita: Ecli 28, 2-7

3º Paso/encuentro: Perdonar

EL perdón es el instrumento puesto en nuestras manos para para alcanzar la serenidad de corazón. Dejar atrás el rencor, la rabia, la venganza y la violencia, son condiciones necesarias para vivir felices.

Estamos llamados a ser instrumentos del perdón porque hemos sido los primeros en recibirlo de Dios.

Compartamos la siguiente homilía:



PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA DOMUS SANCTAE MARTHAE

Puerta abierta

Martes 10 de marzo de 2015

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 13 de marzo de 2015

«Pedir perdón no es un simple pedir disculpas». No es fácil, así como «no es fácil recibir el perdón de Dios: no porque Él no quiera dárnoslo, sino porque nosotros cerramos la puerta no perdonando» a los demás. En la homilía de la misa en Santa Marta del martes 10 de marzo, el Papa Francisco añadió una tesela a la reflexión sobre el camino penitencial que caracteriza la Cuaresma: el tema del perdón.

La reflexión partió del pasaje de la primera lectura, tomada del libro del profeta Daniel (3, 25.34-43), donde se lee que el profeta Azarías «pasaba un momento de prueba y recordó la prueba de su pueblo, que era esclavo». Pero, puntualizó el Pontífice, el pueblo «no era esclavo por casualidad: era esclavo porque había abandonado la ley del Señor, porque había pecado». Por ello Azarías reza así: «Por el honor de tu nombre, no nos desampares para siempre, no rompas tu alianza, no apartes de nosotros tu misericordia... Ahora, Señor, somos el más pequeño de todos

los pueblos; hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados. Hoy pedimos misericordia». Es decir, Azarías «se arrepiente. Pide perdón por el pecado de su pueblo». Así, pues, el profeta «no se lamenta ante Dios en la prueba», no dice: «Pero tú eres injusto con nosotros, mira lo que sucede ahora...». Él, en cambio, afirma: «Hoy estamos humillados por toda la tierra a causa de nuestros pecados y nos merecemos esto». He aquí el detalle fundamental: Azarías «tenía conciencia de pecado».

El Papa hizo notar luego también que Azarías no dice al Señor: «Disculpa, nos hemos equivocado». En efecto, «pedir perdón es otra cosa, es algo distinto que pedir disculpas». Se trata de dos actitudes diferentes: el primero se limita a pedir disculpas, el segundo implica el reconocimiento de haber pecado.

El pecado, en efecto, «no es un simple error. El pecado es idolatría», es adorar a los «numerosos ídolos que tenemos»: el orgullo, la vanidad, el dinero, el «yo mismo», el bienestar. He aquí por qué Azarías no pide simplemente disculpas, sino que «pide perdón».

El pasaje del evangelio de san Mateo (18, 21-35) llevó al Papa Francisco a afrontar la otra cara del perdón: del perdón que se pide a Dios al perdón que se ofrece a los hermanos. Pedro plantea una pregunta a Jesús: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo?». En el Evangelio «no son muchos los momentos en los que una persona pide perdón», explicó el Papa, recordando algunos de estos episodios. Está, por ejemplo, «la pecadora que llora sobre los pies de Jesús, lava los pies con sus lágrimas y los seca con sus cabellos»: en ese caso, dijo el Pontífice, «la mujer había pecado mucho, había amado mucho y pide perdón». Luego se podría recordar el episodio en el que Pedro, «tras la pesca milagrosa, dice a Jesús: “Aléjate de mí, que soy un pecador”»: allí él «se da cuenta de que no se había equivocado, que había otra cosa dentro de él». También, se puede volver a pensar en el momento en el que «Pedro llora, la noche del Jueves santo, cuando Jesús lo mira».

En todo caso, son «pocos los momentos en los que se pide perdón». Pero en el pasaje propuesto por la liturgia Pedro pregunta al Señor cuál debe ser la medida de nuestro perdón: «¿Sólo siete veces?». Jesús responde al apóstol «con un juego de palabras que significa “siempre”: setenta veces siete, es decir, tú debes perdonar siempre». Aquí, subrayó el Papa Francisco, se habla de «perdonar», no simplemente de pedir disculpas por un error: perdonar «a quien me ha ofendido, a quien me hizo mal, a quien con su maldad hirió mi vida, mi corazón».

He aquí entonces la pregunta para cada uno de nosotros: «¿Cuál es la medida de mi perdón?». La respuesta puede venir de la parábola relatada por Jesús, la del hombre «a quien se le perdonó mucho, mucho, mucho, mucho dinero, mucho, millones», y que luego, bien «contento» con su perdón, salió y «encontró a un compañero que tal vez tenía una deuda de 5 euros y lo mandó a la cárcel». El ejemplo es claro: «Si yo no soy capaz de perdonar, no soy capaz de pedir perdón». Por ello «Jesús nos enseña a

rezar así al Padre: "Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden"»).

¿Qué significa en concreto? El Papa Francisco respondió imaginando el diálogo con un penitente: «Pero, padre, yo me confieso, voy a confesarme... —¿Y qué haces primero de confesarte? —Pienso en las cosas que hice mal. —Está bien. —Luego pido perdón al Señor y prometo no volver hacerlo... —Bien. ¿Y luego vas al sacerdote?». Pero antes «te falta una cosa: ¿has perdonado a los que te han hecho mal?». Si la oración que se nos ha sugerido es: «Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los demás», sabemos que «el perdón que Dios te dará» requiere «el perdón que tú das a los demás».

Como conclusión, el Papa Francisco resumió así la meditación: ante todo, «pedir perdón no es un simple pedir disculpas» sino que «es ser consciente del pecado, de la idolatría que construí, de las muchas idolatrías»; en segundo lugar, «Dios siempre perdona, siempre», pero pide que también yo perdone, porque «si yo no perdono», en cierto sentido es como si cerrase «la puerta al perdón de Dios». Una puerta, en cambio, que debemos mantener abierta: dejemos entrar el perdón de Dios a fin de que podamos perdonar a los demás.



Preguntas para Reflexionar

- Siendo consciente que Dios siempre me perdona ¿siento la necesidad de perdonar a quienes me ofenden?
- Cuando me dispongo a perdonar una ofensa, ¿me pongo en oración para quitar de mi corazón los sentimientos de rencor, el enojo, etc?

Nos ponemos en Oración:



Te proponemos un pequeño momento de oración, donde podamos:

1. Dar gracias a Dios por su infinita misericordia
2. Solicitar el auxilio permanente del Señor para poder perdonar de corazón a quienes me ofenden
3. Rezar por las personas que de alguna manera me hicieron daño, sabiendo que el perdón es un proceso que inicia en la oración.

4º Paso/Encuentro: Dar

Muchas veces la palabra "misericordia" es asociada únicamente al perdón. Pero si recordamos las obras de misericordia nos podemos dar cuenta que el Señor nos desafía a dar un paso más... por eso el último paso de nuestra preparación en el Camino de la Misericordia es reflexionar como estamos en la difícil tarea de "DAR"



JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA

PAPA FRANCISCO

AUDIENCIA JUBILAR

Sábado 9 de abril de 2016

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio que hemos escuchado nos permite descubrir un aspecto esencial de la misericordia: la limosna. Puede parecer algo sencillo dar limosna, pero debemos prestar atención para no vaciar este gesto del gran contenido que posee. De hecho, el término «limosna», deriva del griego y significa precisamente «misericordia». La limosna, por tanto, debería llevar consigo toda la riqueza de la misericordia. Y como la misericordia tiene mil caminos, mil modalidades, así la limosna se expresa de muchas maneras, para aliviar el malestar de los que están necesitados.

El deber de la limosna es tan antiguo como la Biblia. El sacrificio y la limosna eran dos deberes a los que la persona religiosa debía atenerse. Hay páginas importantes en el Antiguo Testamento, donde Dios exige una atención particular por los pobres que, puntualmente, son los que no tienen nada, los extranjeros, los huérfanos y las viudas. En la Biblia esto es un tema constante: el necesitado, la viuda, el extranjero, el forastero, el huérfano... se repite continuamente. Porque Dios quiere que su pueblo mire a estos hermanos nuestros; es más, diré que están precisamente en el centro del mensaje: alabar a Dios con el sacrificio y alabar a Dios con la limosna.

Junto con la obligación de acordarse de ellos, se da también una indicación preciosa: «Cuando le des algo, se lo has de dar de buena gana» (Dt 15, 10). Esto significa que la caridad requiere, sobre todo, una actitud de alegría interior. Ofrecer misericordia no puede ser un peso o un fastidio del que liberarnos rápidamente. Cuánta gente se justifica a sí misma para no dar limosna diciendo: «Pero, ¿cómo será este? Este al que voy a dar, quizá irá a comprarse vino para emborracharse». Pero si

él se emborracha, ¿es porque no tiene otro camino! Y tú, ¿qué haces a escondidas que nadie ve? Y tú, ¿eres juez de ese pobre hombre que te pide una moneda para un vaso de vino? Me gusta recordar el episodio del viejo Tobías que, después de haber recibido una gran suma de dinero, llamó a su hijo y los instruyó con estas palabras: «Como todos los que practican la justicia. Haz limosna. [...] No vuelvas la cara ante ningún pobre y Dios no apartará de ti su cara» (Tb 4, 7-8). Son palabras muy sabias que ayudan a entender el valor de la limosna.

Jesús, como hemos escuchado, nos ha dejado una enseñanza insustituible al respecto. Sobre todo, nos pide que no demos limosna para ser elogiados o admirados por los hombres por nuestra generosidad. Que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha (cf. Mt 6, 3). No es la apariencia lo que cuenta, sino la capacidad de detenerse para mirar a la cara a la persona que pide ayuda. Cada uno de nosotros puede preguntarse: «¿Soy capaz de pararme y mirar a la cara, mirar a los ojos, a la persona que me está pidiendo ayuda? ¿Soy capaz?». No debemos identificar, por tanto, la limosna con la simple moneda ofrecida deprisa, sin mirar a la persona y sin detenerse para hablar y entender qué necesita realmente. Al mismo tiempo, debemos distinguir entre los pobres y las distintas formas de mendicidad que no hacen ningún bien a los verdaderos pobres. En resumen, la limosna es un gesto de amor que se dirige a los que encontramos; es un gesto de atención sincera a quien se acerca a nosotros y pide nuestra ayuda, hecho en el secreto donde solo Dios ve y comprende el valor del acto realizado.

Pero dar limosna también debe ser para nosotros algo que sea un sacrificio. Yo recuerdo una madre: tenía tres hijos, de seis, cinco y tres años, más o menos. Y siempre enseñaba a sus hijos que se debía dar limosna a las personas que la pedían. Era la hora de la comida: cada uno estaba tomando un filete a la milanesa, como se dice en mi tierra, «empanado». Llamaban a la puerta. El mayor va a abrir y vuelve: «Mamá, hay un pobre que pide para comer». «¿Qué hacemos?», le pregunta a la madre. «¡Le damos —dicen todos—, le damos!». —«Bien: toma la mitad de tu filete, tú toma la otra mitad, tú la otra mitad, y hacemos dos bocadillos». — «¡Ah no, mamá, no!». —«¿No? Tú da del tuyo, da de lo que te cuesta». Esto es implicarse con el pobre. Yo me privo de algo mío para dártelo a ti. Y a los padres les digo: educad a vuestros hijos a dar así la limosna, a ser generosos con lo que tienen.

Hagamos nuestras entonces las palabras del apóstol Pablo: «En todo os he enseñado que es así, trabajando como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: “Mayor felicidad hay en dar que en recibir”» (Hch 20, 35; cf. 2 Cor 9, 7). ¡Gracias!



Preguntas para
Reflexionar

- En este año de la misericordia ¿pude interiorizarme en cuáles son las obras corporales y las espirituales? ¿He practicado alguna de ellas de manera permanente?
- ¿Me involucro más estrechamente con la persona que necesita mi ayuda?
- ¿Doy limosna (material o espiritual) pro obligación?



Nos ponemos en Oración:

En este último encuentro rezamos juntos la oración del Año de la Misericordia

Señor Jesucristo,

tú nos has enseñado a ser misericordiosos como el Padre del **cielo**, y nos has dicho que quien te ve, lo ve también a Él. Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación.

Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo y a Mateo de la esclavitud del dinero; a la adúltera y a la Magdalena de buscar la felicidad solamente en una creatura; hizo llorar a Pedro luego de la traición, y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido. Haz que cada uno de nosotros escuche como propia la palabra que dijiste a la samaritana: ¡Si conocieras el don de Dios!

Tú eres el rostro visible del Padre invisible, del Dios que manifiesta su omnipotencia sobre todo con el perdón y la misericordia: haz que, en el mundo, la **Iglesia** sea el rostro visible de Ti, su Señor, resucitado y glorioso.

Tú has querido que también tus ministros fueran revestidos de debilidad para que sientan sincera compasión por los que se encuentran en la ignorancia o en el error: haz que quien se acerque a uno de ellos se sienta esperado, amado y perdonado por Dios.

Manda tu Espíritu y conságranos a todos con su unción para que el Jubileo de la Misericordia sea un año de gracia del Señor y tu Iglesia pueda, con renovado entusiasmo, llevar la Buena Nueva a los pobres proclamar la libertad a los prisioneros y oprimidos y restituir la vista a los ciegos.

Te lo pedimos por intercesión de María, Madre de la Misericordia, a ti que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Amén.

Sugerencia:



El Camino de la Misericordia que recorrimos a lo largo de los 4 encuentros propuestos sirve para prepararnos espiritualmente para vivir en mayor plenitud la propuesta del Papa Francisco en este año jubilar. Sería bueno que cada comunidad (parroquial o diocesana) finalice esta serie de encuentros con una peregrinación hacia una de las Puertas Santas dispuestas en sus respectivas diócesis, por lo que se explicó en la introducción.